

que se hizo, pues no existen atajos en este terreno. Si pudiera borrarse el adelanto humano del último siglo, es muy dudoso que de aquí a un siglo estuviéramos mucho más avanzados en medicina que hoy día. Hemos tenido la suerte de heredar grandes empresas que han dado su fruto en nuestra época. Ya iniciadas otras muchas grandes tareas, no es ilógico esperar que, transcurrido medio siglo más, males como la neumonía, la tuberculosis, el cáncer, la artritis, la enfermedad cardiovascular y la cardiovalvular, la poliomielitis y la encefalitis (no todas claro está, pero por lo menos algunas), hayan pasado al limbo de los enemigos combatidos y vencidos por el hombre.

Sea como fuere, lo hecho ahí está. El valor económico de lo realizado es enorme, y si fuera posible expresar en dólares la baja de la morbilidad y la mortalidad, las cifras nos asombrarían. Lo que es aun más importante, los adelantos verificados nos han acercado mucho más a la meta ideal de la medicina: la profilaxia y la curación de la enfermedad, y el alargamiento de la vida humana.

UN MENSAJE DE HIGIENE SOCIAL¹

Por el Dr. RAY LYMAN WILBUR

Presidente de la Asociación Americana de Higiene Social

La civilización cambia constantemente, y de no moverse se estanca, pues para poder adelantar precisa mostrar siempre el vigor de la juventud y del crecimiento, más bien que la apacibilidad de la madurez y senilidad. La vida ya encierra la clave del bienestar humano, pues en sí misma denota salud, y debe ostentar el signo más, si va a poseer suficiente ímpetu para facilitar las fuerzas necesarias a fin de empujar la raza humana hacia arriba y hacia adelante. De no gozar de salud suficiente la raza, no hay progreso definitivo.

¿Cómo puede conseguirse la salud? Comparativamente, pocos son los que la posean en abundancia, y esos pocos suelen malgastarla hasta dar de repente en la bancarrota, y aun aquéllos de escaso haber suelen derrochar sus menguados bienes. Los jóvenes, por lo general más ricos en buena salud que sus mayores, brillan por su descuido, y a ellos tenemos que agregar los millares que en cada generación nacen con deficiencias higiénicas, que jamás saben lo que es buena salud, y al escrudiñar el cuadro veremos además alzarse en el fondo las vicisitudes e incertidumbres y rudezas con que ha tropezado y tropieza la vida de la numerosa familia americana. Lo verdaderamente maravilloso es que se haya avanzado algo, y logrado adelanto en la salud nacional.

Progreso ciertamente lo ha habido: Muchos de los males más peligrosos que una vez amagaron la salud y la vida misma, han sido erradi-

¹ Tomado del *Jour. Soc. Hyg.*, 127, mzo. 1937.

cados. Ha tiempo conquistamos la viruela. La fiebre amarilla, la tifoidea, la difteria, y otros enemigos de la salud han cedido a la determinación de la ciencia médica de conservar incólume la herencia sanitaria del hombre. En esa marcha hacia la meta de la salud y la dicha, han participado las viviendas salubres, la higienización del agua y de la leche, la mejor asistencia de las criaturas y de las madres, y la mayor atención a la salud en la infancia, y, es más, en toda la vida. Sin duda, dicho avance proseguirá a medida que la ciencia descubra mejores medios de prevenir las enfermedades y a medida que la gente aprenda mejor a resguardar su salud y a aplicar medios preventivos.

Sin embargo, no nos mostremos demasiado optimistas. Huelga decir que todavía cabe mucho mejoramiento en la salud de las Américas. Ciertas enfermedades mortíferas aun resisten tercamente los esfuerzos dirigidos contra ellas, y siguen amenazando. Por ejemplo, aunque disminuye constantemente la mortalidad que ocasiona, la tuberculosis todavía arrebató muchas vidas al año. Aun no se ha encontrado modo seguro de poner término a la parálisis infantil. El cáncer continúa siendo un flagelo temible. Calcúlase que por lo menos seis millones de hombres, mujeres y niños (o sea casi tantos como toda la población de la ciudad de Nueva York) están infectados con sífilis en cualquier momento dado, y un número dos o tres veces mayor de personas pasa por padecer de blenorragia o de alguna gonococia. Esos dos males, la sífilis y la gonorrea, figuran de veras entre los más peligrosos enemigos con que cuenta la salud hoy día. La lúes ostenta el nombre de Rey de los Matones, constituyendo una causa importante de la letalidad cardíaca, de la mortalidad infantil, de demencia, ceguera, y otros muchos estados graves. La blenorragia invalida e inutiliza, ciega a los recién nacidos y esteriliza a hombres y mujeres. Aunque ambos son infecciosos, se ha descubierto que no más de uno de cada diez casos de avariosis es atendido por médicos autorizados, y que la proporción de blenorragícos que solicitan tratamiento es aun menor, lo cual equivale a decir que muchos enfermos no tratados y aun en un período de infecciosidad, campean por sus respetos, representando un peligro para sus allegados y preparándose para sí propios un futuro desastroso, pues mientras más demoren el tratamiento menos probabilidades tienen de curarse. Casi la mitad de los sifilíticos no consultan al doctor sino después de llevar más de un año de infección. Ambos flagelos atacan a los jóvenes, y el mayor número de infecciones recae, con mucho, en personas de 16 a 30 años, o sea la época en que mejores deben ser la vida y la salud. Aparte de la enfermedad y mortalidad ocasionadas, los contribuyentes tienen que sobrellevar el gravamen acarreado por la asistencia de casos avanzados en los hospitales generales, manicomios y otros establecimientos públicos.

En este problema pavoroso, la tragedia, y también la esperanza,

estriban en que puede impedirse tanto trastorno y sufrimiento si las madres y los padres y sus hijos se dan cuenta del peligro y utilizan las salvaguardias ya a su alcance. El germen de la sífilis es conocido, e igualmente los medios de destruirlo, y con razón se ha dicho que si se concediera a la profesión médica la oportunidad de aplicar los conocimientos que posee, acabaría en una generación con ese Rey de la Muerte. Esa oportunidad llegará, seguramente, con el tiempo. Cuando todas las familias se ocupen de que cada nueva generación aprenda la verdad acerca de esos males, o sea el modo de evitarlos y lo que tienen que hacer si se infectan, dejarán de buscar sus víctimas principales entre nuestra juventud. Cuando toda madre en ciernes le pida al doctor que se cerciore de que no hay infección sifilítica en su sangre que amague a la criatura, cesará el tributo prenatal e infantil tan trágico que pagamos ahora cada año. Cuando toda comunidad comprenda su obligación de ofrecer a la juventud un ambiente salubre, libre de sitios de recreo degradante, y de distritos segregados que procreen enfermedad, habremos dado un gran paso en lo tocante a aumentar la salud y la felicidad del pueblo.

A mi entender, ésa es la tarea a que deben constantemente rededicar sus esfuerzos las sociedades de higiene social, y en esa empresa deben buscar y recibir la cooperación de todos los que se interesen en el bienestar de la gran familia americana.

Muertes debidas a un elixir de sulfanilamida.—En los Estados Unidos, según ha mencionado la prensa y discute el *Journal of the American Medical Association* (obre. 30, 1937, p. 1456), últimamente se han comunicado 46 casos, con otros sospechosos, en que produjo la muerte la utilización de un "elixir de sulfanilamida," preparado por una casa comercial, que contenía glicol-dietileno, o sea un producto que no ha sido recomendado o reconocido para empleo interno, aunque sí muy utilizado en la industria. Al parecer, en la letalidad no intervino la sulfanilamida. Resumiendo los estudios realizados por varios investigadores, declárase (*Jour. Am. Med. Assn.*, 1531, nbre. 6, 1937) que el elixir de sulfanilamida-Massengill en los varios ejemplares estudiados, componíase esencialmente de sulfanilamida, 10 gm, en 100 cc de una solución aproximadamente de 72% de dietileno-glicol y agua a 25% por volumen, y algunas sustancias aromáticas y colorantes. Aunque la sulfanilamida al parecer no desempeñó mayor papel en la toxicidad del preparado, debe recalcar de nuevo que debe ser utilizada con cautela, y hasta que se conozca mejor su farmacología, no debe suministrarse combinada con ninguna otra sustancia, salvo bicarbonato de sodio. El glicol-dietileno tomado en dosis fraccionadas comparables a las recomendadas por el fabricante del elixir de sulfanilamida-Massengill, es una sustancia claramente tóxica y de efecto acumulativo, y así lo demuestra el cuadro patológico observado en los animales que recibieron una solución al 75%, combinado con 10 gm de sulfanilamida en 100 cc. Según el *Journal*, las muertes conocidas suman 73.